



# Tradiciones en el camino

Julio Grande  
Director de Sepinum

«¿Turismo? ¿Excursionismo? Mejor emigración por el tiempo, tiempo atrás, a través de recuerdos».  
(Miguel de Unamuno)

**NUESTRA** acelerada vida actual, entre twitts, viajes en AVE, globalización, la presión del móvil y apresurados emparedados en áreas de servicio, puede hacernos caer en el error de que somos los inventores de la dinámica permanente frente a una sociedad antigua, fija, estática y pasiva. Craso error de *modernocentrismo*.

La sociedad tradicional era un mundo en continuo movimiento. Los caminos eran testigos del permanente deambular de una legión de personajes que, en un incesante ir de aquí para allá, buscaban en el desplazamiento una forma de vida y trabajo. Canteros especializados, arrieros y carreteros que transportaban las más variadas mercancías, tejeros y campaneros, estudiantes y sopistas, pícaros y bandoleros, soldados y frailes, pastores trashumantes y esquiladores, contrabandistas, vendimiadores y mieleros, constructores de trillos, responsables de servicios postales o funcionarios. Un sinfín de oficios que buscaban su sustento en una actividad semoviente que iba allí donde era demandada o que, simplemente, tenía su sentido en el camino en sí.

Para ello nuestra piel de toro disponía de una red caminera tradicional hoy en gran parte convertida en equipamiento de ocio y recreo, pero que durante siglos estructuró la infraestructura imprescindible para este importante flujo de personas y animales. Viales complicados y duros para hombres y bestias, endémicamente deficientes y polvorientos, con mala reputación

y peor estado, lo que no era obstáculo para soportar el intenso tráfico al que eran sometidos. Releer *El Quijote* con ojos camineros nos dará una idea de cuánto y cómo era de variado lo que uno se podía encontrar por esas rutas, no muy diferente a lo que podríamos haber descubierto todavía no hace tantos años.

Si debemos destacar en primer lugar un oficio vinculado con el camino, éste tendrá que ser necesariamente el de ventero, el único estático en este escenario de marcha. Espacio imprescindible para asistir al viajero en sus agotadores recorridos, su papel ha sido tan imprescindible como pésima su reputación. Ford en su famoso libro de viajes nos comenta, no sin cierta socarronería, lo genuinamente español de estos alojamientos que parecen más preparados para acomodar bestias que viajeros: «Los animales están perfectamente acondicionados: frescos y cómodos establos, amplios pesebres, pienso y agua abundantes, en una palabra, todas las comodidades necesarias para el ganado se pueden encontrar; pero las personas, ya es otra cosa. Puede decirse que les ocurre todo lo contrario y que, si necesitan algo, lo deben llevar de afuera».

...  
en la página anterior  
*Vendimiadores españoles*. Litografía de Gorse. Museo Pirenaico de Lourdes





\*\*\*  
Vendimia. La Rioja



\*\*\*  
Rebaño de ovejas en el Camino  
Natural del Carrilet I. Girona.  
Cataluña

El ventero tiene fama de especulador y estafador. Precios abusivos y servicios mínimos son la queja habitual de los viajeros que se ven necesariamente obligados a utilizar sus servicios. La picaresca les mueve siempre a arañar algunos reales a sus clientes, cuando no a asociarse con la delincuencia caminera para aligerar la bolsa de los transeúntes. La vida cotidiana del ventero «que parece debía ser monótona y sedentaria es por lo contrario, variada y activa, en los ratos de ocio se ocupa de aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos de aguardiente, en picar carne de alguna caballería muerta, ó en adobar alguna albarda».

Y otro oficio caminero por excelencia era el de los arrieros y carreteros. Como otras muchas de estas actividades semovientes, su origen se relaciona con una comarca o región concreta, vinculando como firma de calidad profesional el terruño natal. Así, decir arriero era casi tanto como decir maragato; en *Los españoles vistos por sí mismos* será maragato el título que haga referencia al oficio de la arriería. Eran los arrieros gente en general bien acomodada, así nos lo recuerda el conocido romance del arriero de Bembibre, del que se conservan numerosas versiones: «Buen zapato, buena media, buena bolsa con dinero». A diferencia de venteros y posaderos, el arriero gozará de fama de honrado a carta cabal, trabajador incansable pero sin agobio, buen conocedor de caminos y comarcas y siempre dispuesto a manejar sus recuas para atender cualquier servicio. El mal estado de la caminería hispánica haría que el transporte en mulas jugara un papel fundamental en el comercio peninsular, por encima del uso del carro y la galera, hasta épocas muy recientes.

Buscando el mejor pasto en cada época del año, el pastor trashumante será también, lo es todavía aunque ahora casi como elemento testimonial, viandante habitual de nuestros

campos. Actividad milenaria, la granjería trashumante ha modelado paisaje y paisanaje. La cría de ganado merino, fundamental para la economía durante siglos, dio origen a un modelo cultural singular con sus leyes, organizaciones gremiales como la Mesta, las casas de ganaderos de Aragón o, en tiempos más recientes, la Asociación de Ganaderos del Reino que todavía sobrevive, a estructuras jerarquizadas particulares, a una gastronomía peculiar, a ritos y devociones propias, en fin, a una forma de vida singular forjada a ritmo de zumbo y cencerro por cañadas y cordeles.

El calendario marcaba también el movimiento de personas para desarrollar labores estacionales. Cuadrillas de esquiladores abandonaban sus localidades de origen para pelar a las ovejas con los primeros calores, desplazándose en ocasiones a localidades próximas, en otras realizando grandes recorridos. Todavía hoy se conserva este movimiento de esquiladores, gran parte de ellos procedentes de la Europa del Este, que cada temporada desarrollan este trabajo especializado.

Una de las actividades que más tránsitos provocaba era la siega. Y entre los segadores, destacaban los gallegos. Buscando complementar sus exiguas rentas, partían hacia Castilla y Andalucía a emplearse en la recogida del cereal no sin antes haber finalizado la siembra del maíz, producción fundamental en su supervivencia. Un desplazamiento que solía comenzar en mayo y finalizaba, tras el duro trabajo, cuatro o cinco meses después. Pequeños grupos que a pie se encaminaban al sur en busca de jornal y sustento, luchando por unos cuartos y aliviando el gasto en casa durante su ausencia. El trabajo en la viña provocaba igualmente migraciones interiores, tanto para la vendimia como para cavar y podar las cepas; contingentes de vascos, gallegos y cántabros se adentrarían en tierras de La Rioja, Castilla, Andalucía y Portugal.





También con la primavera emprenderían la marcha los canteros, gallegos y cántabros, especialmente de Trasmiera, que alcanzarían renombrado prestigio desde la Edad Media. Algunos permanecían larguísimas temporadas fuera de su tierra, otros retornaban para pasar el invierno en sus hogares. No sería el único oficio relacionado con la construcción que provocaría migraciones estacionales. Era frecuente el desplazamiento de tejeros que, también aprovechando las bonanzas climáticas, se arrimaban a los pueblos para fabricar in situ las imprescindibles piezas de barro para los tejados. En ocasiones en hornos ya existentes, en otras con improvisados crisoles contruidos para la ocasión, los artesanos abastecían la demanda local para, una vez satisfecha, encaminarse a otra localidad. Fama alcanzaron los tejeros de Ribadesella. Ocupación especializada que necesitaba experiencia y habilidad, desarrollada normalmente en condiciones de miseria y explotación.

Y los campaneros que hasta no hace mucho fabricaban a pie de las iglesias las piezas de bronce que ordenarían la vida de la localidad, marcando los tiempos y lanzando avisos a una sociedad que se regulaba mediante sus tañidos. De nuevo un trabajo altamente especializado en el que, en lugar de trasladar el producto, se optaba por mover al artesano allá donde hiciera falta.

Los segovianos recorrieron la península vendiendo sus famosos trillos. Cantalejo fue la localidad que más destacó en este oficio que todavía en la década de los 50 del pasado siglo era la ocupación principal de su población. No serían los únicos fabricantes de aperos que se desplazarían.

Y, sin duda, no podríamos dejar de mencionar un oficio entre mítico y literario, que se vincularía de forma inseparable a nuestros caminos: los bandoleros. Con vida montaraz, la sierra como casa, la faca como símbolo y el arrojito como consejero, los bandoleros han sido temidos e idolatrados por igual.

La lista de oficios echados al camino sería interminable. Un mundo tradicional hoy en gran parte desaparecido, pero vivo todavía en la memoria y en el territorio. Porque buena parte del hacer de estas gentes que durante centurias marcharon por nuestros viales está todavía presente, y podremos distinguir cañadas y ventas y tejares y posadas y campos de cereal y viñedos y ranchos de esquileo y campanarios y un sinfín de detalles que esconden una historia de vida y una parte de nuestra tradición. Porque no debemos olvidar que en el espacio podemos seguir leyendo el tiempo.



...  
en la página anterior  
*El contrabandista español*. Litografía anónima que reproduce una pintura de Garami. Museo Pirenaico de Lourdes